



# Don Enrique Laguerre

## “...supo reconocer que su actividad creativa fue un don de Dios...”

**Monseñor Roberto Octavio González Nieves, OFM**

Arzobispo Metropolitano de San Juan de Puerto Rico

Su Eminencia Reverendísima Luis Cardenal Aponte Martínez, Arzobispo Emérito de San Juan de Puerto Rico; señora Beatriz Laguerre, su hija; nietos y familiares, hermanos y hermanas

1. En la mañana de hoy, nos encontramos ante una de las realidades más duras de la vida humana; la separación de un ser querido, de un ser especial; de la muerte de un prócer que tanto orgullo nos obsequió.

Sin embargo, la muerte hay que entenderla a la luz de nuestra fe en Jesús que nos dice que la muerte en Él es vida eterna por lo la muerte de Don Enrique, significa, su nacimiento a la vida eterna.

Por eso es que desde nuestra fe en la resurrección de Jesús, decimos que los cristianos nunca mueren porque la vida nueva que recibimos mediante el bautismo, no se extingue con la muerte, sino que se transforma.

2. “Nací en la frontera entre dos épocas”. Así comienza la autobiografía de Enrique Laguerre; un hombre y todo un siglo y una pluma de la que puede decirse con admiración lo que los clásicos latinos llamaban *nulla de dies sine linea*: ni un día sin una línea escrita.

Hasta ayer, siguió publicando en la prensa diaria sus notas dotadas de una transparencia accesible a todos los lectores. Sus quince novelas, sin contar el cultivo de otros géneros literarios, lo definen como el testigo de un siglo de vida puertorriqueña con un amor apasionado e irrenunciable hasta su muerte a la patria.

Nacido en 1905, se crió al compás de la cañaveralización de Puerto Rico reducido su suelo al monocultivo de la caña de azúcar un poco-y un mucho- como aquella imposición de la lengua inglesa a niños y niñas que hablaban- y pensaban- en español, como él refiere en sus notas autobiográficas. El suelo y el alma: la lengua materna demolida en beneficio de una imposible asimilación.

3. Desde la Llamarada a La Ceiba en el tiesto, la prosa de Laguerre lo coloca entre los profetas de la denuncia de los procesos de enajenación de una identidad en su suelo y su espíritu. A Enrique Laguerre, testigo de un pueblo de acoso por una aculturación acelerada, le duele Puerto Rico desde las entrañas. Le duele sobretodo la indefensión de los pobres y marginados cuando nos dice: “En el momento en que entré en la universidad, solo se hablaba del origen europeo del jíbaro y se le llamaba majaderamente caballero en harapos y a nadie le importaba un pepino angolo su hambre, su anemia, su indefensión”. Se diría que en este hombre en que la denuncia no se jubila, está presente la llama vacilante del cirio del bautismo colectivo en Isabela del que recuerda que la niña menor, de apenas un año, se resistió a sostener la vela.

A su luz temblorosa ha transcurrido la vida y la obra de Enrique Laguerre, afirmando contra la corriente la identidad nacional puertorriqueña como una irrenunciable unidad de destino en lo universal; como un don indivisible de Dios.

4. Don Enrique en *La Llamarada*, logra expresar la intangibilidad, la esencia misma de la puertorriqueñidad, llamándonos a todos y a todas los puertorriqueños a amar y defender nuestra identidad particular, como única e inconfundible en las familias de las naciones de la tierra, regocijándonos y sacrificándonos por este don del Creador.

Juan Pablo II, en su último libro, *Memoria e identidad*, nos dice lo siguiente: “Con el término nación se quiere designar una comunidad que reside en un territorio determinado y que se distingue de las otras por su propia cultura. La doctrina social católica considera tanto la familia como la nación sociedades naturales y, por lo tanto, no como fruto de una simple convención. Por eso, en la historia de la humanidad

nada las puede remplazar. No se puede, por ejemplo, sustituir la nación con el Estado, si bien la nación tiende por su naturaleza a constituirse en Estado, como lo demuestra la historia de cada una de las naciones europeas y la historia polaca...No obstante, la nación es el suelo sobre el que nace el Estado.” (página 90).

A través de sus personajes, concretamente los pobres, los desposeídos se advierten una corriente de simpatía constante por los patrones de cultura católica que conformaron nuestra identidad desde las imponentes soledades del Puerto Rico agrario presididas por las obras de misericordia transmitidas con la memoria prodigiosa del jíbaro ágrafo y analfabeta.

5. En *La Llamarada*, Don Enrique Laguerre nos habla proféticamente de una sociedad puertorriqueña completamente polarizada haciendo de nuestra sociedad una disfuncional. Al final, irónicamente, la llamarada lo consume todo. Consume al peón y consume al latifundista, y consume al cañaveral. Es decir, lo que más nos debería unir, es lo que más nos separa y nos está destruyendo. Don Enrique, nos habla de otras llamaradas. Pero, hay una llamarada que nos une y nos renueva: la del Espíritu Santo con la capacidad de purificarnos mediante un nuevo Pentecostés, por medio de sus dones que son: Espíritu de sabiduría e inteligencia, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de conocimiento y de piedad, el Espíritu de temor santo y sus frutos que son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: ‘caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad.

Confiamos que la llamarada del Espíritu Santo nos conceda sus dones y sus frutos para lograr la unidad en el amor, el respeto y la caridad en el Puerto Rico de hoy y mañana. Por eso me atrevo a decir que el último capítulo de *La Llamarada* no se ha escrito; que todavía tenemos una opción de escoger cuál llamarada queremos nosotros encender: la llamarada de la polarización o la llamarada del Espíritu Santo. Con los dones y los frutos del Espíritu Santo podrá ser un capítulo maravilloso de sanación y de nueva vida para Puerto Rico.

6. Hace casi tres meses, la Sra. Angie Vázquez, de Editorial Cultural llamó a mi oficina para decir que el 15 de julio, se estarían llevando a cabo varias actividades para celebrar el cumpleaños número 100 de Don Enrique Laguerre y que una de sus peticiones fue, que como un gesto de acción de gracias al Creador por el don de la vida, quería que se le ofreciera una misa en esta Catedral.

Mediante este deseo de Don Enrique de celebrar su centenario de vida con una eucaristía, podemos concluir que este hombre de letras, también era un hombre de Dios, que supo reconocer que su actividad creativa, fue un don de Dios al servicio de la humanidad. Y es que en la Eucaristía se hace realidad las palabras de Jesús cuando nos dice: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les doy es mi carne, para que el mundo tenga vida. ..El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 51).

La primera lectura de hoy está tomada del libro de los Macabeos. En ella nos topamos con el episodio en que la comunidad se unió para orar por los muertos. Macabeos, quien encabezaba la oración dice en referencia al difunto: “obró con gran rectitud y nobleza, pensando en la resurrección, pues si no hubiera esperado la resurrección habría sido completamente inútil orar por los muertos”.

Todos nosotros, podemos decir algo parecido: si no existiera la resurrección, para qué orar por los difuntos; para qué reunirnos en esta Catedral y para qué hacer una misa por

el eterno descanso del alma de Don Enrique. Lo único que verdaderamente da sentido a toda nuestra expresión religiosa, es la esperanza de la resurrección. Si Cristo no hubiera resucitado, en vano sería nuestra fe. Creemos en que la muerte no tiene la última palabra en la historia del ser humano; creemos que la muerte no es el último destino; no es nuestro último acto.

Creemos que la relación entre Dios y el ser humano es una que se origina en la esencia de la divinidad del Creador; en la esencia misma de su Amor, que nos creó y por amor y nos perdonó con la muerte de su Hijo; y por amor, lo resucitó para disipar toda duda de que después de la muerte, hay una nueva vida, eterna y plena en su Amor.

7. San Pablo en la segunda lectura de hoy nos dice: “Pues estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni el presente ni el futuro, ni los poderes de este mundo... podrá apartarnos del amor que nos ha manifestado Dios en Jesús”. Así que esa relación de amor que Don Enrique siempre mantuvo con Dios, no se ha deshecho con la muerte; todo lo contrario, la muerte lo ha acercado más a Dios en quien él tanto creyó y sirvió; la muerte en Cristo lo conducirá a la vida eterna.

Decimos esto confiados de las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy, que nos dice: “Yo soy la resurrección y la vida. Él que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquél que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”.

8. Ahora para finalizar, citamos unas palabras de Laguerre: “El punto de partida del mejor universalismo es el medio donde uno ha nacido y vivido”. Con estas palabras lapidarias, Don Enrique consagró su vocación patriótica y universal.

La obra de este gran puertorriqueño nos invita a conocer y a comprender el pasado, a preservar nuestra identidad como pueblo y a reafirmar los valores culturales y cristianos. Viajero incansable, Don Enrique supo cultivar un equilibrio saludable entre lo particular y lo universal, como nos enseñó Juan Pablo 11, de feliz memoria. Después de un siglo de existencia, murió de pie con las manos en el arado. El mocano disciplinado y laborioso, apostó por la sana ecología y estimó, como buen cristiano, la presencia apelante e insoslayable del prójimo.

Don Enrique, profeta de la justicia social; profeta de la dignidad humana; profeta del amor por la nación puertorriqueña; profeta del diálogo respetuoso; profeta de la sencillez y humildad; profeta de la fe, esperanza y caridad, que el Dios de la vida acoja a tu noble alma con misericordia y te conceda la vida eterna.

(Homilía predicada en la Santa Misa Exequial por el eterno descanso de Don Enrique Laguerre, en la Catedral de San Juan, el 20 de junio.)

### Citación Edictal

Ante P. Luis O. Capacetti  
Vicario Judicial  
Nulidad de matrimonio  
Torres-Lugo  
6 de Junio de 2005

Ignorando el actual domicilio de la parte demandada, Sra. Brigitte Lugo Matías, en la causa antes mencionada, citamos a la misma a presentarse, o personalmente o representada por su procurador legítimamente nombrado, ante este Tribunal Eclesiástico Metropolitano, ubicado en la Calle San Jorge, Esquina Marginal Baldorioty de Castro, Edificio 201, Santurce, Puerto Rico, el día lunes, 27 de junio de 2005, a las 9:00 a.m., para concordar o firmar el dubio.

Los ordinarios, los párrocos y los fieles, que conozcan el domicilio de la parte mencionada, dígnese informar a la misma de la presente citación edictal.